

ULISES  
BÉRTOLO

**LA  
SUSTANCIA  
INVISIBLE  
DE LOS  
CIELOS**

  
ESPASA

ESPASA © NARRATIVA

© Ulises Bértolo García, 2015  
© Espasa Libros S. L. U., 2015

Diseño e ilustración de cubierta: más!gráfica

Depósito legal: B. 26.466-2014  
ISBN: 978-84-670-4346-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/Printed in Spain  
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros, S. L. U.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

## ÍNDICE

Preludio	
Las manos del pianista .....	11
4/1	
El misterio de Vanier .....	15
4/2	
La historia .....	65
4/3	
El secreto .....	183
4/4	
La sustancia invisible de los cielos .....	283
<i>Agradecimientos</i> .....	325

# 1

1 de marzo de 2013

Situado en un valle enclavado entre montañas en la zona norte de la provincia de Ourense, el monasterio de Oseira rigió los designios de las tierras circundantes desde su fundación en el siglo XII. En él se había instalado una colonia de monjes franceses dependientes del Císter que propagaron los predicados de la orden por todos los rincones de Galicia hasta que se vieron forzados a abandonarlo en el siglo XIX como consecuencia de la desamortización de Mendizábal. A pesar de que fue despojada de todos sus tesoros, la iglesia en planta de cruz latina formada por tres naves y un crucero mantuvo siempre un halo mágico, de serena espiritualidad. La luz que se filtraba a través de los amplios ventanales de medio punto abiertos en el arranque de la bóveda central creaba en el peregrino la sensación de haber llegado a Santiago de Compostela, de estar arropado por una atmósfera que permitía comprender, aunque fuera por unos instantes, al que decide quedarse allí para siempre.

En el acceso al monasterio, a través de un pequeño núcleo de casas de cantería que fueron erigiéndose a su alrededor con el paso del tiempo, Ignacio se detuvo para recoger en el antiguo hospicio de peregrinos, ahora reconducido a museo, un díptico informativo del recinto monacal. Tras rodear la fachada principal del monasterio y dirigirse al lugar que le habían indicado, se sorprendió al descubrir en la entrada el cajetín de un portero automático. El invierno había sido extremadamente crudo y todavía el blanco de la nieve se transparentaba en los alrededores del monasterio. Ignacio echó una última mirada

alrededor e inspiró con fuerza antes de pulsar el timbre, como si creyera que todo el aire puro y fresco que llenaba sus pulmones no existiese detrás de esos muros. Pasó menos de medio minuto hasta que un zumbido apagado le invitó a empujar la pesada puerta. Al escuchar el chirrido del entramado de bisagras torturando la madera ancestral sintió la misma excitación que en sus primeros años de docencia. Rebasó el umbral creyendo que ese paso adelante cobraba un sentido trascendente sin llegar siquiera a imaginar que desde ese momento nada volvería a ser igual. De pronto, una figura corpulenta salió a su encuentro como empujada por un ondear de hábitos oscuros.

—¿El hermano Leonardo? —preguntó Ignacio.

—No hace falta que se presente, profesor Pascal, le he reconocido por la fotografía.

Por un momento Ignacio dudó entre estrechar su mano o besarla, aunque pronto el gesto neutro del religioso le conminó a apresurarse para seguir sus pasos. Descendieron unos peldaños desde la iglesia hasta la sacristía y luego volvieron a descender otros pocos más para entrar en un espacio abovedado sobrecogedoramente sustentado sobre cuatro columnas que desplegaban infinidad de ramas de palmera, por el que el fraile se movía con soltura.

—Esta es la sala capitular. Simboliza cómo nos introducimos hacia el interior de la tierra.

—Verdaderamente impresionante —apuntó Ignacio contemplando el entramado de nervios que subían hacia el techo.

—Los monjes que construyeron esta sala fueron muy respetuosos con la simbología. Fíjese en esta piedra. —Leonardo señaló una piedra cuadrada que había en el suelo justo en el centro de la estancia—. El cuadrado representa la tierra. Justo encima de nosotros tenemos un medallón circular, el círculo representa el cielo. Dentro del medallón encontramos la figura del andrógino, una cara mitad hombre, mitad mujer, que representa el ser completo, la unión de las dos caras, lo que significa que este espacio concreto simboliza la unión de las virtudes del cielo y de la tierra. Esta sala está cargada de símbolos a su largo y ancho, podría pasar horas explicándole el significado de todos esos medallones y ménsulas, pero me temo que no tenemos tiempo.

Entonces caminó hasta una esquina de la sala y se detuvo frente a unos peldaños que descendían hacia la completa oscuridad. Ignacio presintió que aquel era el lugar.

—Jean Vanier... ¿Está ahí? —preguntó emocionado.

El religioso asintió.

—Esas escaleras conectan con las antiguas celdas abaciales, donde el señor Vanier lleva muchos años. Mañana podrá verlo, pero ahora acompáñeme, por favor, tengo algo que enseñarle.

Desde la entrada a la capilla llegaba el olor viejo de la madera del retablo. El hermano Leonardo, unos pasos por delante, se santiguó frente al altar. Eran muchas las ocasiones en que la vida no está a la altura de las expectativas que los hombres le confían, pensó Ignacio alzando la vista hacia el Cristo de madera. Si los datos que había conseguido reunir eran correctos, Jean Vanier tendría aproximadamente ochenta y cinco años y debía llevar encerrado en el monasterio más de seis décadas.

\* \* \*

Habían pasado nueve meses desde que Ignacio descubrió por casualidad el nombre de Jean Vanier. A sus cuarenta años, casi ocho de ellos ocupando la plaza de profesor titular en el Departamento de Historia de la Música en La Sorbona, había perdido las ganas de vivir por culpa del trágico accidente que se llevó a Elena de su lado. Habitualmente a esas alturas del mes de junio habría tenido la mente puesta en un largo viaje con ella, seguramente esta vez por las sinuosas carreteras del interior de Galicia en busca del pueblo en el que había nacido y que abandonó con sus padres siendo muy pequeño. Sin embargo, ese verano decidió encerrarse a trabajar en la clasificación de varios manuscritos de compositores franceses de la primera mitad del siglo XX en el archivo documental de la universidad, un trabajo típico de fin de carrera, impropio de su dilatada experiencia en investigación y el primer síntoma de entrega a la rutina que amenazaba con convertir su asignatura de musicología en la obligación rancia de la que todos hablaban. La muerte de Elena, unos meses atrás, le había sumido en

un estado de ánimo apático y depresivo y aquella ocupación, machacona, repetitiva y sin alicientes, resultaba en cambio lo suficientemente entretenida como para darle algo en qué pensar que no fuera su ruina personal.

Obligarse a recopilar datos y más datos le producía un alivio difícil de definir. Esa tortura mental no dejaba hueco a la pena ni a la culpabilidad y la ausencia de añoranza de Elena y de esa lástima de sí mismo que le invadió nada más suceder la tragedia era, posiblemente, fruto del trabajo duro. Mientras los demás salían y disfrutaban del buen tiempo, mientras las parejas de estudiantes se tiraban en la hierba o paseaban cogidos de la mano bajo el sol, para Ignacio la posibilidad de perderse entre papeles, documentos y legajos suponía una huida necesaria. «Cuando te deprimas, mira la agenda», le había dicho un viejo maestro, y ahora entendía el consejo y estaba dispuesto a seguirlo aun a sabiendas de que perderse en aquellas salas atestadas de datos y palabras era una cobardía, una excusa para no tener que enfrentarse al mundo y asumir lo sucedido.

Ignacio estaba concentrado anotando las referencias de las páginas que necesitaría fotocopiar de un montón de libros apilados. Al contrario que sus compañeros, solía realizar la crítica textual de las fuentes originales, aunque esa vez había optado por echar mano de estudios previos de otros autores porque la primera parte del siglo XX no era su fuerte. Al pasar con rapidez las hojas de un grueso manuscrito en busca de la referencia que necesitaba le sorprendió notar en las yemas de sus dedos una de tacto diferente. Fue entonces cuando descubrió que había un papel intercalado en el dossier. Una de sus esquinas asomaba por arriba e Ignacio, en un gesto mecánico, tiró de ella hacia fuera. Se trataba de la sección cultural de un periódico alemán fechado en noviembre de 1950 que contenía información sobre diversos seminarios, la crónica de un congreso de la época y, en la columna de la izquierda, una reseña biográfica sobre un tal Jean Vanier.

«El misterio de Vanier», recordó alisando la hoja amarilleada de humedad sobre la mesa para volver a leerla. La tinta estaba diluida en parte del texto escrito bajo el titular. Según pudo

entender, se trataba de un magnífico concertista desaparecido como por arte de magia al que se le atribuía una genialidad compositora sin precedentes sin haber llegado a publicar una sola obra. Mientras el ordenador garabateaba indescifrables fórmulas matemáticas sobre el fondo oscuro de la pantalla, Ignacio frunció el ceño, se reclinó en su silla y, entrelazando los dedos detrás de la nuca, formó una uve de doble trazo con sus brazos embebido en sus reflexiones acerca de lo extraño que le resultaba el que ese tal Vanier hubiera sido tan aclamado en su tiempo, un pasado no tan remoto, y ni siquiera hubiera oído una mención sobre él. Además, ¿cómo podía ser que se le considerase un compositor excelente si no existía un solo escrito que hubiera plasmado y dejado constancia de sus creaciones?

Tras soltar una última ráfaga de sonidos internos, el ordenador estaba preparado.

Ignacio entró en la base informática del departamento y lo que halló no contribuyó más que a incrementar su incertidumbre: «Misterio», leyó en la pantalla. «Desaparecido», siguió leyendo, y se empapó de meras conjeturas acerca de una obra inédita de su autoría que jamás llegó a ver la luz. Según comprobó, el único estudio publicado sobre Jean Vanier databa de hacía bastantes años —su autor no le sonaba de nada— y perdía el rastro del enigmático músico en 1946.

\* \* \*

Pero ¿qué información podía obtener de un anciano que había vivido alejado de la realidad durante tanto tiempo? Aferrado a una posibilidad entre mil de que conservara su cordura, confiaba en que la entrevista le permitiera averiguar todo aquello que los archivos no contaban sobre este. Por ejemplo, si eran ciertos los rumores que le atribuían varias composiciones prodigiosas que nunca vieron la luz.

Aparte de su reconocido talento como intérprete, sabía ahora, tras tantos meses de pesquisas, que Vanier estaba vivo. Pero poco más. Era como si todo el tiempo transcurrido desde que el músico fuera una joven promesa en el París de la posguerra hasta el presente fuese un paréntesis vacío que Ignacio se había empeñado en dotar de contenido. Jean Vanier era una

figura olvidada por todos, escurridiza y desaparecida de los anales y documentos de su época. ¿Por qué, entonces, había puesto tanto empeño en dar con él? Ni él mismo acertaba a explicárselo, aunque para los compañeros más cercanos, para su propio jefe de departamento y para algunos amigos con los que mantenía el contacto, parecía evidente que ansiaba, al hallar respuesta a las brumas que envolvían a la desaparición del músico, encontrar un sentido a su propia vida.

El hermano Leonardo entró en una sala poblada de libros que el paso del tiempo había igualado devorando el color de sus encuadernaciones. El fraile le señaló una silla e Ignacio tomó asiento bajo el retrato de un monje que parecía ofrecerle un ejemplar de la Biblia. En la parte central inferior del marco dorado Ignacio pudo leer una pequeña placa con una frase en relieve:

*Ora et labora*

El hermano Leonardo se acomodó al otro lado de la mesa, en una silla de hierro con un cojinete de piel hundido.

—De la oración al trabajo —dijo con voz doliente en alusión al grabado mientras de una cartera sacaba tres carpetas de plástico gris y las dejaba sobre la mesa—. Estos son los informes que el señor Vanier encargó realizar sobre usted antes de aceptar su propuesta de mantener una entrevista —informó evitando mirarle a los ojos.

—Cuando se programó el encuentro no se mencionó nada de elaborar informes sobre mí —respondió Ignacio al tiempo que, sin pensarlo, como en un acto reflejo, extendía un brazo y posaba la mano abierta sobre los papeles atrayéndolos hacia él—. ¿No eran suficientes las referencias que envié por correo?

—El señor Vanier quería conocer hasta el último detalle de su vida —le interrumpió el religioso—. Si le sirve de algo, le diré que todo lo que se ha podido averiguar está ahí.

Ignacio empujó los documentos apartándolos lejos de él.

—Por favor, no —suplicó el hermano—. Si no está de acuerdo, debo revocar el trato en este mismo momento. Y no se preocupe por los gastos, el señor Vanier ha dado instrucciones para que le sean puntualmente atendidos.

Se hizo un silencio largo. Ignacio no entendía el interés de Vanier por saber más de él que lo estrictamente necesario sobre su carrera y formación. Había puesto a su disposición sus credenciales oficiales, su cualificación académica, sus intenciones de publicar un trabajo, ¿qué más podía querer? Joder, ni que fuera a él a quien iban a entrevistar.

—Mire, piénselo de esta forma —sugirió el clérigo—, es posible que después de todo el tiempo que ha pasado aislado el señor Vanier no esté preparado para enfrentarse a una conversación que no haya prefabricado, y para ello necesita conocer todo lo posible a su interlocutor.

Ignacio acercó y recogió los papeles, ojeó los informes y suspiró antes de hablar.

—Está bien, tal vez cierta información sobre mi vida me permita obtener alguna de la suya.

El hermano Leonardo sonrió con la mirada.

—Me alegro de que decida seguir adelante. Todo está en esos papeles, desde su primera infancia aquí en España hasta sus estudios de Música en La Sorbona de París. No me extrañaría que el señor Vanier hiciese uso de esa información durante el tiempo que permanezcan juntos.

—Podré soportarlo —respondió Ignacio conteniendo a duras penas su indignación.

—Basta con que trate de comprenderlo —replicó el clérigo—, después de más de sesenta años no hemos sido capaces de poner un poco de paz en su alma. Usted es gallego, ¿no?

—De muy cerca de aquí, mis abuelos eran de Carballino, pero yo me marché con mis padres a Alemania siendo muy pequeño.

—Sí que es una coincidencia. ¿Había estado antes aquí?

—Nunca volví a Galicia hasta ahora. —Ignacio desvió la mirada. El clérigo entendió que la pregunta le había incomodado y prefirió no seguir insistiendo en mantener una conversación.

—Ahora descanse, le mostraré su habitación. No tiene lujos innecesarios, pero no se encontrará a disgusto. Dentro de una media hora le servirán un refrigerio y más tarde, después de la nona, le llevarán la cena. Descanse y medite si es lo que desea. Le ruego que permanezca todo el tiempo en la habita-

ción hasta que pase a buscarle mañana después de maitines. A las seis y media aproximadamente.

Poco después, a solas en su cuarto austero pero cómodo, Ignacio examinó los informes por encima. No había duda, el trabajo era impecable. «Seguro que a sus autores les habrán caído unas cuantas broncas en casa por perfeccionistas», pensó. Él también lo era. Elena, al contrario, deseaba una vida normal, salir de noche, llegar alguna vez a altas horas de la madrugada, derramar una botella de vino sin que les importase manchar la alfombra, sentir las migas de pan al hundir los dedos entre los cojines del sofá mientras se desnudaban abruptamente el uno al otro. Pero solo tuvo una relación de pizarra corregida cada día por su marido como una interminable fórmula matemática en la que todo debía seguir un orden. Primero el trabajo, y luego también. Sin ser consciente de ello, recordó Ignacio, su perfeccionismo, su afán por planificarlo todo, por dejar tan poco espacio a la espontaneidad e improvisación, trazó entre ellos una línea de tiza invisible que dividió la casa, las comidas y las horas del día en dos mundos distintos con la única justificación de sus investigaciones y estudios. «Qué pensaría de mí si viera el desorden en que vivo ahora», reflexionó con un deje de autocompasión. ¿Se asombraría al descubrir el empeño que ponía en su investigación? ¿Se ofendería al saber que pensaba más en Jean Vanier y las sombras que oscurecían su rastro que en su recuerdo? Una punzada de culpabilidad hizo que su rostro se crispara. Hubiera querido ir hacia atrás y empezar de nuevo, plantear una convivencia más espontánea, menos rígida, más al sol y con menos gabinete. Pero era ya imposible. Trató desesperadamente de recordar sin éxito algún momento en el que la risa de Elena ocupara un lugar en su memoria. No lo logró, y notó cómo el dolor le invadía de nuevo al pensar que acaso su vida con él y no solo la muerte habían ahogado las expectativas de la mujer que había amado.

Ignacio se levantó de la austera mesa que ocupaba el rincón del cuarto más cercano al alto ventanal y se tumbó sobre la cama. Su mirada recorrió el techo donde la vejez de maderas

y vigas contrastaba con el plástico amarillo que denotaba una instalación reciente. Se parecía a una fotografía de la casa de sus abuelos que todavía conservaba, con las paredes llenas de parches forrados de papel. Recuerda vagamente que su abuela estaba sentada en una mecedora de madera con las manos extendidas hacia la cocina de leña. Elena le insistía en conocer sus raíces, en tomar posesión de la casa familiar de Carballino y recuperar los recuerdos que sus padres se dejaron al emigrar a Alemania, pero Ignacio nunca había encontrado el momento adecuado para hacerlo, hasta ahora y por un motivo bien distinto: Jean Vanier. «Qué ironía», pensó. A su derecha reparó en una butaca llena de polvo, podría ensuciar el ambiente si se decidiera a darle un manotazo. El cabecero de la cama parecía una extensión del techo, más madera vieja y retorcida en diversas formas. Durante breves instantes creyó que el sueño se apoderaba de su fatiga, pero unos golpecillos discretos en la puerta lo sacaron de sus divagaciones. Se levantó, abrió la puerta y halló en el umbral al hermano Leonardo que, sin decir palabra, dejó sobre la mesa una bandeja con un poco de lacón frío, ensalada y un pedazo grande de pan de Cea, una botella de agua mineral y una copa de vino de la Ribeira Sacra.

—Sentimos no poder ofrecerle ningún postre —se excusó el religioso—, pero si le apetece algo de queso fresco podríamos acercárselo.

—No, muchas gracias, es más que suficiente.

Después de comer el sueño y los gratos efectos del vino lo volvieron a llevar hacia la cama. Al despertar, Ignacio comprobó sobresaltado que el reloj sobrepasaba las seis de la tarde y que alguien había retirado la bandeja. Decidió tomar una ducha en el monacal cuarto de baño ubicado en una esquina de la celda. Bajo el agua pensó en los caminos que el azar o el destino le habían puesto por delante y en cómo la investigación sobre Jean Vanier le había llevado hasta la tierra de sus ancestros.